

PABLO Y VIRGINIA

CAPÍTULO PRIMERO.

~~~~~

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis en la isla de Francia, se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos chocillas situadas casi en el centro de una ensenada rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. Á la izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el Morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pie de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha, el camino que va de Puerto-Luis al arrabal de los Pamplemusas; en seguida, la iglesia de este nombre, que se eleva,

010678



con sus avenidas de bambúes ó cañas, en medio de una espaciosa llanura; y más allá, un bosque que se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la Bahía del Sepulcro en la playa del mar; un poco más á la derecha, el Cabo Desgraciado, y después de éste, el anchuroso Océano, donde aparecen á flor de agua varios islotes yermos, entre otros, el llamado Mira, que parece un baluarte en medio de las olas.



Á la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el ruido de las olas que se estrellan á lo lejos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningún ruido, ni se descubren en todo su contorno más que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raíz de los cuales en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraídas por sus picos, retratan muy á menudo, en las verdinegras lomas del monte, los colores del Iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño río nombrado de los Lataneros.

En su circunferencia reina un profundo silencio, y todo es apacible, el aire, la luz y las aguas. El eco apenas repite allí



el murmullo de las palmeras, que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, adonde no penetra el sol hasta el mediodía; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Me complacía en frecuentar este sitio, donde gozaba á un mismo tiempo de la vista de un inmenso horizonte, y de la soledad más profunda. Estando, pues, sentado un día al pie de estas chozas examinando sus ruinas, pasó no lejos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzón largo y chaqueta según la costumbre de los antiguos habitantes del país, y en la mano un cayado de ébano en que se apoyaba. Eran sus

cabellos blancos como la nieve y su fisonomía majestuosa y noble. Saludéle con respeto y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atención un breve rato, se dirigió adonde yo estaba y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostración de confianza, le dirigí la palabra en estos términos:

« ¿ No me diréis, buen amigo, á quién  
 » han pertenecido estas chozas? y él me  
 » respondió: Estos escombros, señor,  
 » y este terreno inculto, fueron habita-  
 » dos veinte años por dos familias que  
 » habían encontrado aquí la felicidad.  
 » Su historia es de las más tiernas; pero  
 » en esta isla, que está al tránsito para  
 » las Indias Orientales, ¿ qué europeo  
 » puede interesarse en la suerte de  
 » algunos particulares oscuros? ¿ Quién  
 » querría vivir aquí feliz, pero ignorado  
 » y pobre? Los hombres sólo desean  
 » saber las historias de los grandes y



» poderosos de la tierra, que acaso no  
» son de tanto provecho. »

« Ya conozco, amigo, le contesté, en  
» vuestro semblante y modo de expre-  
» saros, que poseéis gran caudal de  
» razón y de experiencia, y así, si no  
» estáis de prisa, os ruego me digáis  
» todo lo que sabéis acerca de los anti-  
» guos moradores de esta serranía; y  
» creed que el hombre, aun el más  
» depravado por las preocupaciones del  
» mundo, se complace oyendo hablar de  
» la felicidad que proporcionan la natu-  
» raleza y la virtud, dirigidas por la  
» religión. »

Entonces el anciano, después de haber  
tenido aplicada breve rato la mano á la  
frente, como en ademán de quien procura  
traer á la memoria diversas circunstan-  
cias de algún hecho, me refirió lo  
siguiente :

En el año de 1726, un joven natural  
de Normandía, llamado M. de La Tour,

después de haber solicitado inútilmente  
entrar en el servicio del rey de Francia,  
y los auxilios necesarios de su familia  
para este fin, determinó pasar á esta  
isla con el objeto de mejorar su suerte.  
Traía en su compañía á una hermosa  
joven, á quien amaba con ternura, y era  
igualmente correspondido de ella, con  
la cual se había casado en secreto y  
sin ninguna dote; porque siendo ella  
de una rica y antigua casa y familia de  
su provincia, se habían opuesto al casa-  
miento los parientes, con el pretexto  
de que M. de La Tour no era de noble  
linaje y caballero. Dejólo en Puerto-Luis  
á pocos días de su llegada, y se embarcó  
para Madagascar, con la esperanza de  
comprar en aquella isla algunos negros,  
y volverse prontamente á hacer aquí  
un establecimiento. En efecto, desem-  
barcó en Madagascar á mediados de  
octubre, que es allí la estación más peli-  
grosa; y á pocos días de haber desem-



barcado, murió de las fiebres pútridas que reinan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las naciones europeas formar en ella establecimientos fijos.

Todos sus efectos fueron disipados después de su fallecimiento, como ordinariamente sucede á los que mueren lejos de su patria. Su mujer se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin más bienes propios que una negra, en un país extraño, sin crédito ni recomendación alguna. Decidida en tan triste situación á no mendigar favores de ningún hombre, después de la muerte del único á quien tiernamente había amado, é inspirándole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava una corta porción de terreno, á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla casi desierta, cuyo suelo estaba á discreción del primero que

llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parajes más feraces, ni los más proporcionados para el comercio, sino que, buscando alguna quebrada de monte, algún asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto común á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse en los sitios más ásperos y desiertos; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la providencia que viene en nuestro auxilio cuando sólo buscamos los bienes necesarios, tenía reservado uno á madama de La Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿Y cuál era este bien? Una amiga.

Un año había que habitaba en este



mismo sitio una buena mujer, activa y sensible, llamada Margarita. Era natural de la Bretaña, hija de unos pobres labradores que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasión, la abandonó con crueldad y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entonces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dejar para siempre el lugar de su nacimiento y venir á ocultar su fragilidad á las colonias, lejos de su patria donde había perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputación. Un negro ya de edad que Margarita había adquirido con algún dinero prestado, cultivaba con ella una rincón

nada de este terreno y vivían felices.

Madama de La Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar á una mujer en situación tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relación de madama de La Tour, quedó penetrada de compasión hacia ella; y queriendo merecer su confianza, más bien que su estimación, le confesó sin disimularle nada, la imprudencia que había cometido, añadiendo: ¡ Yo sí he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora... sin culpa y desgraciada! Y después de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de La Tour, penetrada de gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dijo estrechándola entre sus brazos: « ¡ Ay buena amiga! sin duda



» quiere el cielo poner término á mis  
 » crueles penas; pues os inspira mucha  
 » más compasión hacia mí, siendo como  
 » soy para vos una persona extraña, que  
 » la que he hallado hasta ahora en mis  
 » deudos más cercanos. »

Yo conocía á Margarita y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la Montaña Larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que sólo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apenas tenía comercio con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los extranjeros una obligación y un placer.

Cuando supe que mi vecina tenía compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrambas. Hallé en madama de La Tour una mujer de una fisonomía atractiva, llena de dignidad y melancolía, y en días de parir. Yo les dije que convenía (por el interés de sus hijos y particularmente para evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extensión es de cerca de veinte yugadas.

Ellas se pusieron en mis manos para esta división, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenía la parte superior de este recinto desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el río de los Lataneros, hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte, llamada la Cureña, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañón. El fondo de este suelo es un puro pedregal,



por el cual apenas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porción entraba toda la parte interior, que se extiende á lo largo de las márgenes del río de los Lataneros, hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la cual comienza á correr el río entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzáis á ver desde aquí aquellos listones ó fajas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á madama de La Tour, y la inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su parte; pero me pidieron que no me alejara de estas inmediaciones, con el

fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas.

Pero todavía se necesitaba una habitación particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de madama de La Tour para su habitación; por manera, que estas dos amigas vivían vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte y conduje de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que tenéis á la vista, sin puertas ni tejado. ¡ Ay de mí triste! ¡ demasiado vestigios existen todavía para tormento de mi memoria! ¡ El tiempo que con tanta rapidez reduce á polvo los monumentos de los imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad,



para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis días!

Apenas había yo concluído la segunda choza, cuando madama de La Tour dió á luz una niña ; y como yo había sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, me rogó madama de La Tour lo fuese también de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recién nacida, Virginia, y dijo : « Ella » será virtuosa y feliz ; yo no conocí la » desgracia hasta que me extravié del » camino de la virtud. »

Luego que madama de La Tour hubo convalecido de su parto, empezaron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo las presentaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado Domingo, era un negro todavía robusto, bien que ya de días, lleno de experiencia y dotado de un entendimiento bastante

despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, según le parecían más ó menos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran más proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maíz ; algo de trigo en las buenas ; arroz en las pantanosas ; y á raíz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo más encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel : el árbol del algodón en las eminencias ; cañas de azúcar en las tierras recias, el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad ; en las márgenes del río y alrededor de la habitación bananas, que dan varias veces al año abundante fruto y deliciosa sombra ; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus buenas amas. Iba al monte á cortar leña



para la lumbre, componía y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de ésta y de la otra parte; y ejecutaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacía con celo.

Quería mucho á Margarita y no menos á madama de La Tour, con cuya negra se casó cuando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su mujer, que se llamaba María, y era nativa de Madagascar, de donde trajo alguna industria, como la de hacer canastillos de junco y telas de hierbas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis cuán poco sería. Si á esto agregáis dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastín que guardaba de noche las posesiones, tendréis una idea cabal de toda la riqueza y

menaje de estas dos pequeñas caserías.

Ocupábanse las dos amigas en hilar algodón, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo más preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecían de las demás comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que sólo se ponían zapatos los días festivos para ir á oír misa muy de madrugada, á la iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha más distancia desde aquí á la citada iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gentes, viéndolas vestidas de toscó cotón azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos, ¿ la opinión y estimación de las gentes pueden equivaler jamás á la felicidad doméstica? Si estas buenas mujeres pasaban un poco



de mortificación fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta más satisfacción y consuelo. Apenas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplenas, bajaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenían en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debían á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero celo y cariño. Unidas ambas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenían más que una voluntad, un interés y una mesa, siendo todo común entre las dos. Una religión pura, acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigía su espíritu hacia la vida futura, como la llama que vuela hacia el cielo

cuando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacían en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solía decir madama de La Tour á Margarita: « Amiga, cada una de nosotras tendrá » dos hijos, y cada uno de nuestros » hijos dos madres. » Ambas reclinadas sobre las cunas de sus hijos, hablaban ya de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habían sobrevenido por haber mirado con descuido el himeneo, y la otra por haberse sometido á sus leyes; aquélla



por haber querido elevarse sobre su estado, y ésta por haber bajado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos más felices que ellas, gozarían algún día de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y de la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia, y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virginia se hallaba en algún apuro, inmediatamente se advertía por los gritos de Pablo ; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazón, porque él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas ehozas que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debajo de los brazos, cuando apenas podían tenerse de pie, bien así

como suele representarse en el cielo, la constelación de Géminis. ¡ Cuántas veces me he deleitado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos, para libertarlos de la pesadilla de los sueños,



que regularmente perturban la imaginación de los muchachos !

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprendieron á darse, fueron los de hermano y hermana, que son los más dulces que conoce la



infancia. Su educación no hizo más que redoblar su amistad, dirigiéndola hacia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacía. Pablo todo el día en continuo movimiento cavaba en el jardín con Domingo, ó le seguía al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajarito, aun cuando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevárselo á su hermana.

Cuando se le encontraba al uno en algún paraje, era seguro que el otro no estaba lejos. Un día que yo bajaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al extremo de la huerta, que corría hacia casa con el zagalejo por encima de la cabeza para defenderse del agua

de una nube pasajera. De lejos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, vi que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero debajo de aquel paraguas de su invención. Los dos graciosos niños cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entonces de los hijos de Leda, encerrados en una misma concha.

Todo su estudio le ponían en complacerse uno á otro y ayudarse mutuamente. No sabían leer ni escribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivían inquietos por averiguar lo que había pasado en tiempos remotos ó lejos de ellos, ni se extendía su curiosidad más allá de este monte. Creían que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no esta-



ban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era común entre ellos; no conocían la mentira, porque no tenían verdades que disimular; ni menos la gula y la intemperancia, porque tenían á su discreción manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habían enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la divinidad en la iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazón penetrado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora que anuncia un día mucho más hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba

Virginia, iba por agua á la vecina fuente y volvía con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de madama de La Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra, de fragante hierba, debajo de los frondosos bananos, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educación dulce pintaba en su fisonomía la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenía más que doce años, y su estatura era ya más que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus